

Historia

EL APOSTOL DE ALEMANIA SAN BONIFACIO 680 - 754

Fulda. Para un mediano conocedor de Geografía, Fulda es una población alemana de Hesse, próxima a la zona roja, con sus 50.000 habitantes. Para un aficionado a movimientos sociales y religiosos, Fulda es sede de la Conferencia anual de los Obispos alemanes; el centro donde este año celebraron el 76° Katholikentag (La Dieta de los Católicos) más de 250.000 fieles. Para quien remueve el pasado y recorre diversas etapas de la Historia, Fulda es un símbolo glorioso de religión y cultura que va adquiriendo notoriedad y valor con el transcurso de doce siglos.

Escasa era la población de aquella zona oriental de extensos bosques encenagados que daban a la región un tono oscuro y sombrío. Perdidos por sendas y vericuetos dos hombres miran aquellos parajes y tras maduro examen dice uno de ellos: "Aquí se va a levantar el monasterio". Sonaban a los pocos días en el corazón del bosque acompasados golpes de hacha; caían a tierra seculares robles, se abría un extenso claro dando paso libre a los rayos del sol y al soplo del aire y por los abiertos canales corría el agua estancada, convirtiendo las enfermizas charcas en tierras saludables de habitación y labranza. Rompióse el silencio con el ruido del trabajo y la soledad se transformó en espléndido monasterio e incipiente ciudad. El artifice genial de esa obra era San Bonifacio; su fiel ejecutor San Sturm. Ahí nació en gran parte el movimiento de las tribus germanas hacia el cristianismo.

Considerado así, Fulda es un monumento imperecedero y como el hontanar del catolicismo alemán. Allí hunde sus raíces su espíritu y en simbólica peregrinación la Conferencia anual de los Obispos va a buscar en aquel monasterio la protección e inspiración de su primer apóstol.

Un Centenario. Al entrar en prensa

este número de SIC, el mundo Católico celebra el Domingo de las Misiones, la empresa conquistadora de la Iglesia. Entre los grandes héroes de ese frente de batalla se levanta San Bonifacio. Por su profunda acción se le considera como uno de los forjadores y arquitectos de la unidad europea. Si fuéramos a señalar en un mapa de Europa las rutas que abrió y recorrió nuestro misionero se formaría una tupida red de cruces laberínticos. Sólo podemos seguir sus pasos por ciertas fechas y salientes hechos.

Entre la alegría de sus padres con el nuevo vástago en 680 y su muerte violenta de Frisia por 754 debe enerrarse la vida de este hombre, mezcla de aventurero y genial organizador. Su infancia y juventud corre tranquila a la sombra de aquellos monasterios benedictinos levantados en Inglaterra, un siglo antes por San Agustín, el emisario de San Gregorio el Grande.

No pueden señalarse con precisión muchos hechos de su vida. Comienzan las dudas por el año y lugar de su nacimiento, por más que la mayoría lo hace de 680 y de Crediton, en el reino de los Wessex, en Inglaterra. Desde su infancia siente atracción por la vida monástica y viste el hábito de San Benito en la abadía de Exeter, para más tarde completar su formación literaria y eclesiástica en la abadía de Nursling, diócesis de Wichenster. Grande debió ser su aprovechamiento, a juzgar por algunas de sus cartas, y su nombramiento como profesor del Monasterio. Corroboró esa fama de joven aventajado la elección que hizo de él el Monasterio, formado en su mayoría por legos, para ordenarle de sacerdote. Al poco tiempo, al celebrarse el sínodo de Wessex, se le delegó para presentar oficialmente los decretos sinodales a Brithwald, Arzobispo de Canterbury y suavizar ciertas asperezas que dificultaban las buenas relaciones.

Misionero. La nueva estrella que asomaba en el horizonte auguraba brillante trayectoria en su propia patria. Pero otros eran los planes del joven. El espíritu misionero se respiraba en la Iglesia. Monjes irlandeses, en sucesivas expediciones invadían el Continente y el Catolicismo de Inglaterra había nacido de los monjes de Roma. Bonifacio quería lanzarse a Europa y, una vez aprendida prácticamente la técnica misionera, abrir nuevas rutas a sus ansias apostólicas. A regañadientes cedió el Abad y en 716, con tres compañeros, desde el puerto de Londres, se dió a la vela, en dirección a Holanda.

Allí, en la región de Frisia, trabajaba con éxito Willibrordo y corrían por doquiera las maravillas de su apostolado misional. Allí estaba la escuela; no quedaba sino el inscribirse en ella y una vez asimilado el método, aplicarlo a una labor personal. Ciertos eran esos rumores pero en Wessex nada sabían de la tempestad que de tiempo atrás se estaba incubando. El Duque Badbod, en guerra con los Francos, obligó a Willibrordo a cesar en sus actividades y ausente el Pastor, comenzó el rebaño a desbandarse. Consiguió el tacto de Bonifacio en la corte ducal de Utrecht licencia para quedarse y ejercer su ministerio pastoral, pero, ante las trabas que se le ponían, decidió volver a su patria.

La Romanidad de San Bonifacio. No fue larga su ausencia, pero durante ella ocurrieron serios sucesos. Murió el Abad Winbrecht y la Comunidad entera pensó en Bonifacio, como ideal sucesor. La negativa resuelta del monje los obligó a pensar en otro candidato. Su vocación era misional y un revés, ajeno en todo a su voluntad, nada significaba en sus planes ambiciosos. El quería ir a Roma y poner su persona y energías al servicio del Vicario de Cristo. Cartas de recomendación de su Obispo le abrían las puertas por el camino y en la Ciudad Eterna. En esta época, lo mismo que en plena Edad Media, los ingleses eran muy dados a las peregrinaciones. Que lo digan Santiago de Compostela y mucho más Roma y Tierra Santa. Pronto se le sumaron muchos compañeros y a fines de 718 oraba en la tumba de San Pedro.

Cinco Pontífices reinaron durante su vida misionera: San Gregorio II (715) San Gregorio III (731); San Zacarías (741); Esteban II (75); y Esteban III (752). Por las cartas cruzadas y por las comisiones y dignidades encomendadas, podemos deducir que San Bonifacio vivió en íntima y filial conexión con el Vicario de Cristo.

Enterado en una audiencia de sus planes, el Papa le dió instrucciones muy concretas sobre puntos doctrinales y Liturgia de los Sacramentos, debiéndose a él en gran parte que todos esos pueblos hayan abrazado la liturgia occidental. Para que su misión llevara un sello de identidad el Papa le cambió su nombre sajón de WINFRITH por el latino de BONIFACIO.

Ardua fue su labor pero en ella mostró sus grandes cualidades y cuando en 722 llega de nuevo a Roma con un manojito de brillantes hechos, aprobó el Papa su celo y quiso premiarlo con-

sagrándolo Obispo REGIONARIO el día de San Andrés, 30 de Noviembre de 722. Así se presentó con letrás comendaticias a Carlos Martel, como Obispo y Delegado Pontificio.

A medida que la penetración en el paganismo se iba ampliando, surgían nuevas dificultades y casos graves que resolver. Volaban cartas a Roma y San Gregorio III no sólo alentó al generoso apóstol, sino que lo elevó a dignidad arzobispal. Pero nada puede suplir el contacto personal y al cabo de diez y seis años de ausencia sintió la necesidad de volver a Roma y en una permanencia de casi un año, asistió a un Concilio, examinó su organización interna y externa y volvió con nuevos planes al campo de su misión. Ya sus ojos no verían de nuevo al Vicario de Cristo; pero en la correspondencia posterior tenemos pruebas definitivas de su constante adhesión filial a la Cátedra de Pedro.

Con el 12º Centenario de la muerte del apóstol de Alemania, Pío XII ha escrito una Encíclica a los Obispos y Fieles de Gran Bretaña, Alemania, Francia, Austria, Bélgica y Holanda y hace resaltar esta característica del monje conquistador, Gregorio II le consagró Obispo Regionario: Gregorio III le nombró Arzobispo y le honró con el sagrado palio, concediéndole la facultad de erigir, o reformar legítimamente en aquellas regiones la Jerarquía Eclesiástica y de consagrar nuevos Obispos: para iluminar al pueblo de Alemania; San Zacarías en una afectuosa carta le confirma en su oficio y le colma de grandes alabanzas; Esteban III, recién elegido Papa, le envió una carta llena de veneración, cuando él se hallaba ya al final de su carrera mortal".

Pero a estas distinciones se había hecho acreedor Bonifacio con sus virtudes. Recién consagrado Obispo hizo esta solemne protesta: "Profeso la pureza e integridad de la santa fe católica y con la ayuda de Dios, quiero permanecer en la unidad de esa misma fe, en la cual sin duda alguna se cifra toda la salvación de los cristianos". A raíz de su elección escribía al Papa San Zacarías "... No ceso de invitar y aficionar a la obediencia de la Sede Apostólica a los que desean permanecer en la fe y en la unidad de la Iglesia Romana y a cuantos, en esta misión mía, Dios me da por oyentes y discípulos".

Al fin de su vida parece que estos sentimientos se avivan en la elección al Pontificado de Esteban III. "Desde lo más íntimo de mi corazón dirijo mi ferviente plegaria a la Clemencia de

Vuestra Santidad, para que merezca impetrar y obtener de la clemencia de vuestra gracia la familiaridad y la unidad con la Santa Sede Apostólica, y, prestando servicio, como piadoso discípulo, a vuestra Sede Apostólica, pueda continuar siendo vuestro siervo fiel y devoto, de la misma manera que serví a la Sede Apostólica bajo vuestros tres Predecesores”.

Campos de misión.- Fueron tan varios como vastos. Frisia, Sajonia, Austrasia, Turingia, Franconia, Hesse, Baviera... lo vieron en sus pueblos. Algunos de ellos eran paganos, rudos y en ellos tenía que luchar con los principios y costumbres del paganismo para suplantarlos con la doctrina de Cristo. Pero a veces se encontraba en regiones, en siglos pasados cristianas, pero en la actualidad en estado de decaimiento y postración. Ya en muchas partes de Francia se había apagado la voz de sus Pastores y los descendientes de Clodoveo prácticamente “vinieron a quemar lo que adoraban y a adorar lo que sus antepasados quemaron”. En todo aquel reino no se celebraban Concilios; había desaparecido la Jerarquía metropolitana; unas diócesis estaban vacantes y otras en manos indignas; al clero, en gran parte ignorante se sumaban muchos monjes de los llamados *gyrovagos*, sobre todo irlandeses, que, sin monasterio ni disciplina, sembraban el desconcierto. Sobre ese caos iba a trabajar la energía y el extraordinario tacto de Bonifacio. Contaba para ello, como siempre, con el auxilio de Dios que él personalmente invocaba con oraciones prolongadas y las de sus religiosas en los monasterios; en su empresa lo ayudaba con toda decisión el Papa Zacarías y consiguió atraer a sus ideas al Rey Carloman. Con esta preparación se lanzó al asalto.

Entre 742 y 744 celebró cuatro grandes Concilios y de ellos salió restablecida la Jerarquía Metropolitana con Arzobispos en Reims, Sens y Rouen. Entre las conclusiones figuraban:

- 1º) La celebración ANUAL de un Concilio.
- 2º) Reglamentación rígida para la reforma del Clero.
- 3º) Unión estrecha con Roma en la persona del Papa y en la obediencia a sus Cánones.

No estaba el sendero limpio de espinas ni tan firme el terreno que no se resquebrajara la construcción en algunas partes. Por eso su labor fue constante y tuvo que enfrentarse al ánimo soliviantado de algunos clérigos que no aceptaban la rigidez del nuevo yugo.

A esas intrigas se debió el que el Metropolitano de Germania residiera en Mainz y no en Colonia, como parecía lo más obvio.

Un árbol que se cae.- Como prueba del ambiente de muchas tribus en que se movía el apóstol, quiero referir un hecho tal cual lo trae el historiador Manson en la Obra “Saints are no sad”. “La adoración de los árboles sagrados se halla en muchas de las primitivas religiones de la humanidad y entre los Germanos el árbol era el símbolo más significativo de su CREDO. Los creían dueños de una personalidad y como depósitos de las fuerzas que dirigían la misteriosa vida de la naturaleza. Eran la morada de los dioses. En la región de Hesse y en una montaña de la población Geismar sobresalía uno de esos árboles, un venerable y frondoso roble, dedicado a Thor, el Dios del Trueno y tan viejo que parecía confundirse con el origen del tiempo. Allí se alzaba como majestuoso testigo de un Dios, como una capilla de la región, como un sitio sagrado. Año tras año crecía su vigor y con él el afianzamiento del pueblo en todos los mitos. En cuenta de ello, Bonifacio trató de cortar de un golpe, árbol y supersticiones. La ocasión fue espectacular. Reuniéronse grupos para ver el conflicto entre la antigua y la nueva religión. A buen seguro que Thor no permitiría tamaño sacrilegio. Los curiosos esperaban en silencio; aguardaban la señal. Pero el Dios del Trueno no se conmovió y avanzó con toda calma el Obispo cristiano a cumplir su obra destructora. Sonaron los hachazos, persistentes, en ritmo acelerado. El pueblo lo miraba petrificado; aquello era increíble. Y al continuar sin obstáculos el mortal ruido fueron presa de terror. Se removía la certeza de su fe; se arrancaban las convicciones de su vida; nacía el caos en sus mentes. Los dioses eran impotentes. De pronto un vergonzoso crujido; luego un pavoroso desplome. El roble del Dios del Trueno cayó”.

Este hecho real sirve para darnos idea del medio en que trabajaba el misionero.

Monasterios que se levantan.- No pasaba Bonifacio, como un rayo, deslumbrando momentaneamente los pueblos con el brillo de su conducta o el atractivo de su persona. Sembraba su ruta de monasterios y sabido es que cada uno de ellos se transformaba automáticamente en casa de oración; en casa de acción, verdadera colmena en que se trabajaba febrilmente y en castillo roquero de la fe que consolidaba la obra

iniciada. Así nacieron los Monasterios de Amenebrug, de Fritlav, junto al roble caído y el de Ohrdruff. Las diversas actividades del monasterio reclamaban comunidades numerosas y parte por el celo reinante y por la aureola de triunfo con que llegaban los avances misioneros y por la misma atracción que ejercía Bonifacio, Inglaterra fue generosa y hasta pródiga con las peticiones de su hijo. De verdadero éxodo monacal califica un historiador esta corriente de monjes, monjas, sacerdotes y maestros a través del Canal. Sólo así se explica el que los monjes pudieran actuar en frente tan amplio con tanto empuje. Porque el apostolado siguió en ritmo creciente; los monasterios se convirtieron en guardianes y fomentadores de la cultura antigua y prepararon con sus labores el avance cultural de la Edad Media y en la inmensa charca e impenetrable bosque, se sembró con el drenaje y la deforestación racional, el jardín que había de florecer más tarde con las bellas ciudades y naciones de Europa.

Tal vez por las mismas dificultades y por considerarlo como el último hijo de sus esfuerzos, en el momento en que vislumbraba el próximo fin de su vida, sintió especial predilección por el Monasterio de Fulda. Ya no podía forjarse ilusiones. Sobre sus hombros gravitaba el peso de 75 años; sus grandes amigos los Papas Gregorio II y III habían desaparecido y el trono de Carlos Martel lo ocupaba, por sucesión, su hijo Carlomán. La elección de su discípulo Sturmi para la erección del monasterio fue acertada. Bonifacio le procuró obreros y artistas y le llevó la piedra de ara para el templo de San Salvador. Allí solía retirarse a veces el fatigado anciano, le dió plena exención y le escribía al Papa Zacarías: "Hay un lugar selvático, en el desierto de esta vastísima soledad, donde hemos construído un monasterio y colocado en él monjes que viven bajo la regla del Santo Padre Benito; hombres de estricta abstinencia que se privan de la carne, del vino y de la cerveza, que no tienen siervos, contentos con el trabajo de sus manos... En ese lugar con el consentimiento de vuestra piedad, me he propuesto descansar por algunos días, aunque sean pocos, para restaurar las fuerzas del cuerpo fatigado por la vejez y en él deseo de ser sepultado después de mi muerte... En torno a ese lugar viven ya cuatro pueblos a quienes, por la gracia de Dios, hemos predicado la palabra de Cristo y a los cuales mientras vivo

y conservo mis facultades puedo con vuestra intercesión ser útil. Porque merced a vuestras oraciones y a la gracia de Dios, ansío permanecer en íntima unión con la Iglesia Romana y en vuestro servicio, entre estos pueblos germánicos a quienes he sido enviado y obedecer así a vuestro mandato".

Así fue; pero este anciano era de acero. Tras las luchas y quebraderos de cabeza ocasionados por la organización de los Francos y las preocupaciones por Germania, planeó la penetración en Frisia para cerrar su misión en las regiones en que la había iniciado. Planeó y ejecutó. Sobre una balsa con cincuenta compañeros va Rhin abajo y después de saludar en Utrecht, a su amigo, el obispo Eoban, se internó en el país, lleno de marismas. A la orilla del mar, en Dokkum iba a celebrar una gran fiesta de Confirmación; pero, antes que los neófitos, llegaron los paganos y cerraron contra los misioneros que, a ruegos de Bonifacio, no opusieron resistencia. Un tajo de espada cortó libro y cabeza de Bonifacio y mártir se desplomó su cuerpo. Quien había dado al apostolado fatigas de su cuerpo y sudor de su frente, para su donación completa le da ahora la sangre de sus venas.

En el pedestal de la estatua que en 1842 se levantó en Fulda al apóstol de Alemania se lee esta inscripción: "La palabra de Dios permanece eternamente". Oportunamente abarcando con una mirada sintética el tejido de esta historia a través de 12 siglos ha podido escribir Pío XII: "No se podía haber esculpido una inscripción más significativa ni más verdadera. Uno tras otro, han pasado doce siglos; diversos pueblos han transmigrado de una a otra parte; tantas vicisitudes y guerras horribles se han ido sucediendo; herejías y cismas han pretendido y pretenden rasgar la túnica inconsútil de la Iglesia; han caído imperios formidables y poderes humanos que parecían no temer nada; opiniones filosóficas diversas que se esfuerzan por llegar a la cumbre del saber humano se suceden unas a otras en el decurso del tiempo, tomando a veces nuevas apariencias de verdad. Pero la palabra que San Bonifacio predicó a los pueblos de la Germania, Galla y Frisia, como recibida de Aquel que vive eternamente, conserva su vigor también hoy y es camino, verdad y vida para los que de buena voluntad la abrazan".

VICTOR IRIARTE, S. J.